

# Poder y representaciones: elementos para la construcción del campo político en la teoría de Bourdieu.

Alicia B. GUTIÉRREZ

Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

E-mail: aliciagutierrez@arnet.com.ar

## RESUMEN

El "juego propiamente político", el campo político, en la perspectiva de Pierre Bourdieu, es un campo como cualquier otro, es decir, está sometido a las mismas leyes generales descritas para todos los campos en general, aunque las mismas cobran sus especificidades en ese espacio de juego concreto.

Para explicitar esas especificidades, dentro del marco general de la teoría de los campos, es necesario hacer referencia a otros aspectos centrales en la perspectiva de Bourdieu, en el marco de los cuales pueden comprenderse las mismas. Por ello, en este artículo, se hace referencia en primer lugar a la noción de poder simbólico, luego a la de representaciones y su papel en las luchas simbólicas, para, posteriormente, señalar las características específicas del campo político y, finalmente, a modo de cierre, hacer hincapié en el rol de los intelectuales en el marco de esta concepción analítica.

**Palabras clave:** Poder simbólico - representaciones -campo político -rol de los intelectuales

## ABSTRACT

The "properly politic game", the politic field, in the perspective of Pierre Bourdieu is a field as any other field, that is to say, it is submitted to the same general laws described for all the fields in general, although these same laws get their own properties in the space of the concrete game.

In order to explain these properties, within the general frame of the theory of the fields, it is necessary to refer to other central aspects in the perspective of Pierre Bourdieu, in the frame of which they can be understood. That is why in this paper, we make reference to the notion of "symbolical power" in the first place, next we refer to the representations and their role in the symbolical fights; afterwards we point out the specific characteristics in the political field and finally we emphasize the role of the intellectuals within the frame of this analytic conception.

**Keywords:** Symbolic power - representations - political field - role of intellectuals

**SUMARIO:** 1. Introducción. 2. El poder simbólico en el marco de la ontología bourdiana. 3. Las representaciones sociales como mediación del poder simbólico. 4. Hacia la construcción del campo político. 5. A modo de cierre: el rol de los intelectuales 6. Referencias bibliográficas.

## 1. INTRODUCCIÓN

La lucha que opone a los profesionales es, sin duda, la forma por excelencia de la lucha simbólica por la conservación o la transformación del mundo social por medio de la conservación o la transformación de la visión y de los principios de división de este mundo; o, más precisamente, por la conservación o la transformación de las divisiones establecidas por medio de la transformación o la conservación de los sistemas de clasificación, que constituyen su forma incorporada, y de las instituciones que contribuyen a perpetuar la clasificación en vigencia, legitimándola. Esta lucha encuentra sus condiciones sociales de posibilidad en la lógica específica, según la cual se organiza en cada formación social el juego propiamente político, en el que se juegan, por una parte, el monopolio de la elaboración y de la difusión del principio legítimo de división del mundo social y, por esta vía, de la movilización de los grupos; y, por otra parte, el monopolio de la utilización de los instrumentos de poder objetivados (capital político objetivado). Entonces, adquiere la forma de una lucha por el poder, propiamente simbólico, de hacer ver y hacer creer, de predecir y prescribir, de hacer conocer y hacer reconocer. (Bourdieu, 2001a, destacado mío).

El "juego propiamente político", el campo político, en la perspectiva de Pierre Bourdieu, es un campo como cualquier otro, es decir, está sometido a las mismas leyes generales descritas para todos los campos (Bourdieu, 1990), aunque las mismas cobran sus especificidades.

Explicitar esas especificidades, dentro del marco general de la teoría de los campos, implica hacer referencia a otros aspectos centrales en la perspectiva de Bourdieu, en el marco de los cuales pueden comprenderse las mismas. Por ello, en estas páginas haré referencia en primer lugar a la noción de "poder simbólico", luego a la de "representaciones" y su papel en las luchas simbólicas, para, posteriormente, señalar las características específicas del campo político y, finalmente, a modo de cierre, hacer hincapié en el rol de los intelectuales en el marco de esta concepción analítica.

## 2. EL PODER SIMBÓLICO EN EL MARCO DE LA ONTOLOGÍA BOURDIAIANA

Los dos momentos que Bourdieu señala para el análisis sociológico, el objetivismo provisorio y el momento en que se rescata al agente productor de las prácticas, se fundan en una determinada *ontología*: lo social existe de doble manera, en las cosas y en los cuerpos<sup>1</sup>. Y es precisamente una suerte de *complicidad ontológica*, entre un *habitus* y un *campo*<sup>2</sup>, lo que constituye el fundamento de toda práctica social, que está inscrita en una filosofía de la acción que es *disposicional*, aludiendo con ello a las potencialidades ligadas a los agentes y a las estructuras sociales en

las cuales desarrolla su práctica (Bourdieu, 1994)<sup>3</sup>.

En este marco, el poder es constitutivo de la sociedad y, como tal, ontológicamente, existe en las cosas y en los cuerpos, en los campos y en los *habitus*, en las instituciones y en los cerebros (como diría Marx). Por lo tanto, el poder tiene una doble dimensión: existe físicamente, objetivamente, pero también simbólicamente.

Y aquí es necesario recordar que, si de la obra de Marx, Bourdieu ha tomado que la realidad social es un conjunto de relaciones de fuerzas entre clases históricamente en lucha unas con otras, de la obra de Weber ha tomado que la realidad social es también un conjunto de relaciones de sentido y que toda dominación social (la de un individuo, de un grupo, de una clase, de una nación, etc.) a menos de recurrir pura y continuamente -lo que sería prácticamente imposible- a la violencia armada, debe ser reconocida -reconocida en cuanto se desconocen los mecanismos que hacen reconocerla-, aceptada como legítima, es decir, tomar un sentido, preferentemente positivo, de manera que los dominados se adhieran al principio de su propia dominación y se sientan solidarios de los dominantes en un mismo consenso sobre el orden establecido.

Legitimar una dominación es dar toda la fuerza de la razón a la razón (el interés, el capital) del más fuerte. Esto supone la puesta en práctica de una "violencia simbólica", violencia eufemizada y por lo mismo socialmente aceptable, que consiste en imponer significaciones, "en hacer creer y en hacer ver" para movilizar. La violencia simbólica, entonces, se sustenta en el poder simbólico, y por ello, circula en las luchas por el poder simbólico (Bourdieu y Wacquant, 1992).

El poder simbólico, como poder de constituir lo dado por enunciación, poder de hacer ver y de hacer creer, poder de ratificar o poder de transformar la visión del mundo, y con ello, poder de transformar las prácticas sobre el mundo y el mundo mismo, sólo puede ejercerse si es reconocido, es decir, desconocido como arbitrario. Lo que fundamenta el poder de las palabras, el poder de mantener el orden o de subvertirlo, es la creencia en la legitimidad de las palabras y de los que las pronuncian. El poder simbólico es una forma irreconocible, transfigurada y legitimada de las otras formas de poder (Bourdieu, 1977).

El poder simbólico, el poder de las palabras, es un poder típicamente mágico: hacen ver, hacer creer, hacen actuar. Pero ese poder sólo se ejerce sobre aquellos que han estado dispuestos a escucharlas y a entenderlas, a creer en ellas, es decir, se fundamenta en ciertas condiciones sociales que hacen posible la eficacia mágica de las palabras y, más específicamente, en la complicidad que se establece entre campo y *habitus*.

### 3. LAS REPRESENTACIONES SOCIALES COMO MEDIACIÓN DEL PODER SIMBÓLICO

Además de "estructura estructurada", historia hecha cuerpo, el *habitus* es "estructura estructurante", principio a partir del cual el agente construye sus prácticas y sus representaciones del mundo, de las cosas del mundo, de lo que está bien y de lo que está mal, de lo posible y de lo imposible, de lo pensable y de lo no-pensable.

Resultado del *habitus* como interiorización de las relaciones de poder, las representaciones que éste engendra, constituyen la mediación del poder simbólico.

Las representaciones, son imágenes mentales, ideas de las cosas, de los objetos, de las gentes, maneras de verlos, de pensar procesos, de evaluarlos, de valorarlos - está bien o está mal, es lindo o es feo es "distinguido" o es "vulgar", etc.-

En torno a las representaciones, para Bourdieu, la hipótesis central de la problemática es que:

existe una correspondencia entre las estructuras sociales y las estructuras mentales, entre las divisiones objetivas del mundo social -especialmente entre dominantes y dominados en los diferentes campos- y los principios de visión y de división que los agentes les aplican. (Bourdieu, 1989: 7).

Esta hipótesis es una reformulación y una generalización de una idea seminal propuesta, en 1903, por Émile Durkheim y Marcel Mauss en *Algunas formas primitivas de clasificación* (1903/1963) y luego también, en 1912, en *Las formas elementales de la vida religiosa* (1912/1982).

El planteo de Émile Durkheim y Marcel Mauss consiste en sostener que los sistemas cognitivos en vigor en las sociedades primitivas derivan de sus sistemas sociales, es decir, las categorías del entendimiento que sostienen las representaciones colectivas se organizan desde la estructura social del grupo. Esto es, aún las categorías fundamentales del pensamiento, las nociones de espacio, tiempo, causalidad, etc., tienen un origen y una función social. Son representaciones colectivas que pre-existen a los individuos, los cuales las aceptan y las consideran equivocadamente universales. Son aceptadas para poder vivir en un mundo social y actuar en él de una manera coordinada.

Este planteo constituye la idea seminal, en la medida en que se sostiene que las categorías de pensamiento no son universales, sino que están histórica y socialmente condicionadas. Con Durkheim las formas de clasificación dejan de ser formas universales y trascendentales para tornarse formas sociales, lo que equivale a decir arbitrarias y socialmente determinadas.

Esta tesis de lo que puede llamarse el "sociocentrismo" de los sistemas de pensamiento es extendida en cuatro direcciones por Bourdieu (Bourdieu y Wacquant, op. cit.).

En primer lugar, Bourdieu sostiene que la correspondencia entre estructuras cognitivas y estructuras sociales que se observan en las comunidades precapitalistas, existe también en las sociedades avanzadas, donde su homologación es producto especialmente del funcionamiento del sistema cultural.

En segundo lugar, las divisiones sociales y los esquemas mentales son estructuralmente homólogos porque están genéticamente ligados: los esquemas mentales son resultado de la incorporación de los primeros. Podría decirse que los sistemas simbólicos, las representaciones, son instrumentos de conocimiento y de comunicación, es decir, pueden ejercer un poder estructurante, porque son estructurados. Tienen un poder de construcción de la realidad que tiende a establecer un orden gnoseológico, un sentido inmediato del mundo.

En tercer lugar, la correspondencia entre las estructuras sociales y las estructuras mentales cumple funciones políticas. Con ello, los sistemas simbólicos no son simplemente instrumentos de conocimiento, son también instrumentos de dominación. En la medida en que son operadores de integración cognitiva, promueven por su lógica misma, la integración social de un orden arbitrario a través de un proceso de imposición de la legitimación de la dominación. Esta dimensión de la cuestión se encuentra estrechamente relacionada con la noción de ideología en el pensamiento marxista (Marx y Engels, 1845-46/1970) y con la noción de *teodicea* en el weberiano (Weber, 1922).

Ahora, si de este modo uno supone que los sistemas simbólicos son productos sociales que producen el mundo, que no reflejan las relaciones sociales, sino que ayudan a constituir las, es necesario admitir que se puede, en ciertos límites, transformar el mundo transformando su representación.

Por último, los sistemas de enclasamiento, los sistemas de clasificación, las formas simbólicas, las representaciones, constituyen un enjeto, una apuesta de las luchas que oponen a los individuos y a los grupos en las interacciones rutinarias de la vida cotidiana, tanto como en los combates individuales y colectivos que se libran en el campo de la política y de la producción cultural: es decir donde lo que se juega es el poder simbólico.

#### 4. HACIA LA CONSTRUCCIÓN DEL CAMPO POLÍTICO

En política, nada es más realista que las querellas de palabras. Poner una palabra por otra es cambiar la visión del mundo social, y por ello, contribuir a transformarlo. Hablar de clase obrera, hacer hablar a la clase obrera (hablando por ella), representarla, es hacer existir de otro modo, para sí mismo y para los otros, el grupo que los eufemismos del inconsciente ordinario anulan simbólicamente (los "humildes", las "gentes simples", "el hombre de la calle", "el francés medio", o entre ciertos sociólogos "las categorías modestas"). La paradoja del marxismo es que no ha englobado en su teoría de las clases el efecto de teoría que ha producido la teoría marxista de las clases, y que ha contribuido a hacer

que hoy existan clases (Bourdieu, 1982: 28).

Hablar del campo político es decir que es un espacio de juego, es un microcosmos, un pequeño mundo social relativamente autónomo en el interior del gran mundo social. (Bourdieu, 2001b). Allí hay un conjunto de propiedades (relaciones de fuerza, un capital que se distribuye desigualmente, posiciones diferentes, algunos intereses compartidos y otros opuestos, luchas, etc.) que se encuentran en todo el espacio social global, pero que allí cobran formas particulares. Es decir, la noción de autonomía relativa indica que lo que ocurre en ese espacio de juego, tiene sus propias reglas de funcionamiento, tiene su propia ley, su propio *nomos*, en el marco de un concierto general de los diferentes campos, que pueden tener incidencia sobre él. Es "un universo que obedece a sus propias leyes, diferentes a las leyes del mundo social ordinario" (Bourdieu, 2001b: 10). Y alguien que ingresa en el mundo de la política, como alguien que ingresa a una religión, debe sufrir una transformación, una suerte de conversión, y aún si no es consciente de este mecanismo, esa conversión le es exigida, le es tácitamente impuesta y su incumplimiento está ligado a una sanción: el fracaso o la exclusión.

Como todo campo, el campo político es producto de la historia, es resultado de una génesis social, que obliga a buscar históricamente el surgimiento del espacio de juego como tal, según la problemática y el contexto histórico y espacial específico que uno pretende explicar y comprender. Por ejemplo, cosas que parecen evidentes, como el voto a la mayoría de edad han sido el producto de inventos históricos extremadamente largos.

Este microcosmos, también está separado del mundo. Así como el campo religioso descansa en una separación entre los especialistas en la manipulación de los bienes de salvación y los laicos -como diría Weber-, el campo político se sustenta en una brecha entre los profesionales y los profanos.

En materia de política como en materia de arte, el desposeimiento de las mayorías es correlativo, o incluso consecutivo, a la concentración de los medios de producción propiamente políticos en manos de profesionales, que pueden entrar con alguna oportunidad de éxito al juego propiamente político únicamente a condición de poseer una competencia específica. Nada es menos natural, en efecto, que el modo de pensamiento y de acción exigido por la participación en el campo político: como el *habitus* religioso, artístico o científico, el *habitus* político supone un entrenamiento especial" (Bourdieu, 2001a: 70).

Las competencias requeridas comprenden todo el aprendizaje necesario para adquirir un corpus de conocimientos específicos (teorías, problemáticas, conceptos, tradiciones históricas, datos económicos, etc.) producidos y acumulados históricamente por el trabajo político (bajo un proceso similar a la producción y acumulación llevada a cabo por los especialistas del campo religioso) y también capacidades más

generales, como el dominio de un cierto lenguaje y de una cierta retórica política indispensables en las relaciones, por un lado, con los profanos y, por otro lado, con los profesionales. Pero sobre todo, hay requerimiento de una iniciación, con sus pruebas y sus ritos de paso, que tienden a inculcar un *habitus* político, es decir, un dominio práctico de la lógica inmanente del campo político y una sumisión de hecho a los valores, a las jerarquías y censuras inherentes al campo, o, también, a la forma específica que sus obligaciones y controles revisten en el seno de cada partido.

Estadísticamente, esas competencias están desigualmente repartidas en la sociedad y no por cuestiones de naturaleza sino por condiciones sociales de acceso a esas competencias: es algo que se conoce bastante por medio de análisis estadísticos del uso del voto o de la propensión a votar o de la propensión a responder una pregunta de opinión sobre temas políticos. Por ejemplo, por las condiciones sociales de división del trabajo entre los sexos, las mujeres tienen una propensión mucho menor que los hombres a responder a temas políticos, del mismo modo que la gente con menor capital cultural tiene una propensión menor que la gente que ha acumulado mayor capital, así como los pobres tienen una propensión mucho más débil... Ello implicaría sostener que las democracias modernas se apoyan sobre un mecanismo censatario oculto. Si más del 50% de los ciudadanos no vota, surgen problemas para la democracia, sobre todo si ese porcentaje se recluta entre la gente más desposeída de capital económico y de capital cultural. (Bourdieu, 2001b).

El campo político sería entonces el lugar en el cual un cierto número de personas que cumplen las condiciones de acceso, juegan un juego particular del que los demás están excluidos. "Sólo los políticos tienen competencia (es una palabra muy importante, técnica y jurídica a la vez) para hablar de política. A ellos les corresponde hablar de política. La política les pertenece" (Bourdieu, 2001b: 13).

Esa es una proposición tácita que está inscrita en la existencia misma del campo político. La pertenencia a un campo descansa en una relación de "creencia" que supera las oposiciones constitutivas de las luchas que se entablan en ese espacio de juego: es una suerte de fe práctica, una creencia en el valor de lo que se juega en ese campo, de sus apuestas, una suerte de acuerdo en el terreno del desacuerdo.

Es así que el hecho de que el campo político sea autónomo, que tenga su propia lógica y que esta lógica esté en el principio de las posiciones tomadas por los que están en él comprometidos, implica que hay un interés político específico, que no se reduce automáticamente a los intereses de los mandantes. Existen intereses que se definen en la relación con la gente del mismo partido o contra la gente de los otros partidos. El funcionamiento en campo produce un efecto de cierre. Este efecto observable es el resultado de un proceso: cuanto más se autonomiza un espacio político, más avanza según su propia lógica, más tiende a funcionar conforme a los intereses inherentes al campo, tanto más se agranda la brecha con los profanos. (Op. cit: 15).

Si uno abandonara el campo político a su propia lógica, podría funcionar como

un campo artístico muy avanzado donde ya no hay público, o como el campo de las matemáticas, el más autónomo de los campos, que tiene como clientes sólo a sus competidores. Claro que, por razones evidentes, el campo político no puede llegar a esos extremos: no pueden jugar el juego entre ellos sin hacer referencia a aquellos en cuyo nombre se expresan y ante quienes deben, con cierta periodicidad, "rendir cuentas", de manera más o menos ficticia, como ocurre en el campo religioso, donde, según el análisis de Weber se producen diferentes relaciones entre sacerdotes, profetas y magos, que no pueden desconocer el arbitraje de los laicos, que pueden seguir o no a un profeta, frecuentar una iglesia, dejar de frecuentarla, etc.

El campo político es, como cualquier campo, un campo de fuerzas y un campo de luchas para transformar esas relaciones de fuerza, y las prácticas de los agentes comprometidos en ese juego se explican en primera instancia por la posición en ese juego específico, como estructura de posiciones y de relaciones entre posiciones característica de un momento histórico determinado.

Ahora bien, ¿qué es lo que está en juego en el campo político?

En el campo político, si digo que la división mayor es entre ricos y pobres, obtengo una cierta estructura social. Si digo que es la división entre franceses y extranjeros, obtengo una estructura totalmente diferente. Dicho de otra forma, los principios de división no son en absoluto gratuitos. Son constitutivos de grupos y por consiguiente de fuerzas sociales. La política es una lucha por ideas pero por un tipo de ideas totalmente particular, las ideas-fuerza, ideas que dan fuerza funcionando como fuerza de movilización. (Bourdieu, 2001b: 18-19).

En el campo político, lo que está en juego es el "monopolio del principio de visión y de división del mundo social", es una lucha de representaciones sociales. Esto se relaciona con lo propuesto más arriba: las representaciones, son, en la perspectiva de Pierre Bourdieu, un *enjeu*, es decir, una apuesta de las luchas simbólicas que se desarrollan en todos los ámbitos de producción de sentido, y, por ello, en el ámbito propiamente simbólico de la política.

Claro que esta lucha enfrenta a agentes dotados de poderes desiguales. Y en el campo político, como en cualquier campo, hay un capital específico que se apuesta, cuya distribución desigual genera las posiciones diferenciales en las que están ubicados el conjunto de agentes que lo componen y a partir de los cuales definen sus estrategias discursivas y prácticas: las tomas de posición políticas están ligadas a la posición objetiva que se ocupa en el campo, y por ello, al volumen del capital político que se posee.

El capital político es una forma de capital simbólico, crédito fundado en las innumerables operaciones de crédito por las que los agentes confieren a una persona (o a un objeto), socialmente designada como digna de confianza, los poderes que ellos les reconocen. Poder objetivo que puede ser objetivado en cosas (y en particular en todo lo que hace el



simbolismo del poder, tronos, cetros y coronas, al estilo de la fides tal cual la analiza Benveniste, el poder simbólico es un poder tal que quien lo sufre reconoce en quien lo ejerce y, al mismo tiempo, a quien lo ejerce. (Bourdieu, 2001a: 90, destacado del autor).

El capital político es una particular especie del capital simbólico (y por ello asociado a la noción de poder simbólico), una especie de capital reputacional, ligado a la manera de ser percibido, que tiene validez en el campo específicamente político.

A medida que el campo político avanza en la historia, a medida que las funciones, que las tareas políticas, que la división del trabajo político se institucionalizan, especialmente con el desarrollo de los partidos, aparece una cuestión muy importante: "el capital político de un agente político dependerá en primer lugar del peso político de su partido y del peso de la persona considerada dentro del partido" (Bourdieu 2001b: 20), siendo entonces el partido una suerte de banco de capital político y el secretario general de un partido un banquero que controla el acceso al capital político, "burocratizado, garantizado y legalizado burocráticamente por la burocracia de un partido". (Bourdieu 2001b: 20).

Los intereses políticos específicos están vinculados cada vez más a la pertenencia a un partido y a la reproducción que garantiza el partido. Por ello, una parte muy importante de las prácticas que desarrollan los hombres políticos tienen por función "la de reproducir el aparato y reproducir a los hombres políticos reproduciendo el aparato que les garantiza la reproducción". (Bourdieu 2001b: 20: 21).

Campo autónomo, microcosmos separado en el interior del mundo social, ¿quiénes participan verdaderamente del juego?. Evidentemente, los hombres políticos, los hombres de partidos, los diputados, los senadores, los funcionarios, etc., pero también, en la actualidad, todo un conjunto de agentes que antes sólo eran espectadores del campo político: periodistas (especialmente los periodistas televisivos) encuestadores y especialistas en sondeos. Participan del campo político en la medida en que producen efectos sobre él: dan la palabra a ciertos hombres políticos y no a otros, regulan su tiempo de intervención, plantean ciertos temas y no otros, diseñan las encuestas de opinión, ponderan sus "resultados", se hacen eco de los "resultados", comentan los "resultados", en definitiva, dan "existencia pública" -y a un público masivo, que es diferente al público presente en las expresiones políticas que se hacían antes de la existencia de la televisión-, y con ello, reconocimiento y notoriedad a ciertos principios de visión y de división.

Hoy en día, si incluyo a los periodistas dentro del campo político, es porque son, como dicen los anglosajones, los *gate keepers*, los guardianes de meta, que controlan de manera importante la entrada al campo político. (Bourdieu 2001c: 36).

Ahora bien, es necesario recordar que estos profesionales de la política no pueden desconocer totalmente a los profanos: periódicamente hay elecciones por ejem-

plo, es necesario captar clientela, es necesario erigirse en representantes de un grupo de representados. Y los profesionales de la política ocupan posiciones homólogas en el campo político, a las posiciones que ocupan en el espacio social los grupos que de alguna manera dan formas a sus posiciones y cuyos intereses expresan. Y es esta homología de posiciones la que hace que los mandatarios lleguen a servir los intereses de los mandantes, pero sirviendo además a sus propios intereses, ligados a los desafíos y a las apuestas específicos del campo político. (Bourdieu 2001d).

En otros términos, la tendencia a la autonomización y de algún modo, a la partición indefinida en minúsculas sectas antagonistas que está inscrita -en estado de potencialidad objetiva-, en la constitución de un cuerpo de profesionales-especialistas dotados de intereses específicos y en situación de competencia por el poder en el campo político, está contrarrestada por el hecho de que el desenlace de las luchas internas depende de la fuerza que los agentes y las instituciones comprometidas en esa lucha puedan movilizar fuera del campo. Es decir, la tendencia al cierre y a la escisión encuentra su límite en el hecho de que

la fuerza de un discurso depende menos de sus propiedades intrínsecas que de la fuerza movilizadora que ejerce, es decir, al menos en parte, del grado en el que es reconocido por un grupo numeroso y poderoso que se reconoce en él y cuyos intereses expresa (bajo una forma más o menos transfigurada e irreconocible). (Bourdieu, 2001a: 86-87, destacado del autor).

## 5. A MODO DE CIERRE: EL ROL DE LOS INTELLECTUALES

"¿Pueden y deben los intelectuales, y más precisamente los investigadores, y más precisamente aún, los especialistas en ciencias sociales, intervenir en el mundo político, y bajo qué condición pueden hacerlo eficazmente? ¿Qué papel pueden desempeñar en el movimiento social, a escala nacional y sobre todo internacional, es decir, en el nivel mismo en el que se juega, hoy en día, el destino de los individuos y de las sociedades? ¿Cómo pueden ellos contribuir a la invención de una nueva forma de hacer política?" (Bourdieu, 2001e).

La cuestión del rol de los intelectuales y de las condiciones de posibilidad de ejercerlo según sus requerimientos, ha sido una preocupación muy importante en Pierre Bourdieu, especialmente en los últimos años de su vida.

Empezando a responder las preguntas que anteceden, es necesario plantear dos condiciones críticas previas.

En primer lugar, el intelectual, sea investigador, artista o escritor debe insertarse en la arena política sin confundirse en "hombre político", es decir, debe hacerlo desde su propio lugar de intelectual y con las herramientas y las armas que ha incorporado por su permanencia en el campo intelectual, es decir, debe comprometerse en

un combate político con su competencia y con su autoridad específicas, y con los valores asociados al ejercicio de su profesión, como la verdad y el desinterés.

En segundo lugar, debe asumir una posición reflexiva y crítica respecto a su posición de intelectual. Teniendo en cuenta que la visión del mundo de los agentes sociales está asociada al lugar que ocupan en ese mundo, y pensando al investigador como un agente más de ese mundo, está obligado a reflexionar a cerca de qué tipo de condicionamientos sociales afectan las objetivaciones realizadas en el proceso de conocimiento. Se trataría de "objetivar al sujeto objetivante", es decir, de ubicar al investigador en una posición determinada y analizar las relaciones que mantiene, por un lado, con la realidad que analiza y con los agentes cuyas prácticas investiga, y, por otro, las que a la vez lo unen y lo enfrentan con sus pares y las instituciones comprometidas en el juego científico.

El primer tipo de relaciones alude al sentido de las prácticas, y apunta a reflexionar sobre las posibilidades de aprehender la lógica que ponen en marcha los agentes sociales que producen su práctica, que actúan en un tiempo y contexto determinados, que tienen un ritmo, que están sometidos a urgencias, a exigencias. Esta lógica es diferente a la "lógica científica" (el investigador puede jugar con el tiempo, puede sincronizar, puede totalizar, neutralizar las funciones prácticas), la lógica que el investigador pone en marcha en su intento de explicar y comprender la realidad que investiga. Se trata de dos tipos de relaciones con la práctica: "relación práctica con la práctica" y "relación teórica con la práctica" (Bourdieu, 1980). El segundo tipo de relaciones alude a los condicionamientos sociales que afectan la producción del conocimiento de lo social, en la medida en que el investigador forma parte de un espacio de juego: el campo científico. Y el campo de las ciencias no escapa a las leyes que gobiernan el funcionamiento de todos los campos sociales: allí también hay intereses en juego, hay luchas, hay estrategias. (Bourdieu, 1976).

Armados doblemente, los intelectuales pueden cumplir funciones indispensables en la lucha política. Por un lado, una función crítica: la de oponerse de diferentes maneras (con escritos, con participaciones públicas, etc.) a las distintas formas de la imposición del mundo neoliberal, produciendo redes críticas que aglutinen a intelectuales bajo la forma de un *intelectual colectivo autónomo* capaz de definir los objetos y los fines de su reflexión y de su acción. Por otro lado, una función positiva, contribuyendo a un trabajo colectivo de invención política que implique la reconstrucción del pensamiento político crítico, entrando en interacción con el mundo exterior a su mundo académico, especialmente con los sindicatos, las asociaciones y todos los grupos en lucha. Y es aquí donde el intelectual puede desempeñar un papel irremplazable, "contribuyendo a crear las condiciones sociales de una producción colectiva de utopías realistas" organizando u orquestando la "búsqueda colectiva de nuevas formas de acción política, de nuevas formas de movilizar y de nuevas formas de hacer trabajar unida a la gente movilizada". (Bourdieu 2001e: 107-108).

En definitiva, armado con las armas proporcionadas por las ciencias sociales, y por la sociología de las ciencias sociales, el intelectual puede crear, individual, y, sobre todo, colectivamente, las condiciones sociales fundamentales de un control epistemológico y que contribuyan a un mayor fortalecimiento del campo científico, sus instituciones, y sus propias leyes de funcionamiento.

Tras la imagen del intelectual en su torre de marfil que tiene el doble desafío de protegerla, ayudando a la autonomización cada vez más progresiva del campo intelectual, y de salir de ella, dando a conocer los resultados de sus investigaciones y denunciando sus consecuencias, Bourdieu apela al intelectual para desvelar y mostrar las diferentes maneras como se ejercen las relaciones de dominación objetivas y simbólicas y para generar formas alternativas de la vida política, bajo pena de ser acusado de "no-asistencia a persona en peligro". (Bourdieu, 2000).

---

## NOTAS

- <sup>1</sup> Hablar de "lo social" en Bourdieu, implica simultáneamente hablar de "lo histórico". Lo que el espacio social, los campos y los *habitus*, las instituciones y los cuerpos, son hoy, son el resultado de lo que han venido siendo.
- <sup>2</sup> Los conceptos de campo y *habitus* son centrales en la construcción teórica de Bourdieu para abordar las estructuras sociales externas y las estructuras sociales incorporadas. Una explicitación mayor de los mismos -y de los otros conceptos con los cuales están asociados- y de la lógica que los entrelaza, puede verse en Gutiérrez, 2002.
- <sup>3</sup> En este aspecto, el punto de partida de la teoría de Bourdieu es similar al planteo de Giddens, aunque luego sus construcciones conceptuales abren posibilidades muy diferentes para la explicación y comprensión de las prácticas sociales, que no es el lugar para explicitar. Muy brevemente, puede decirse que en la teoría de la estructuración de Anthony Giddens las propiedades estructurales -de reglas y recursos- constituyen un orden virtual de relaciones transformadoras. Con ello, lo estructural no existe como espacio-temporal, sino cuando se actualizan en las prácticas que constituyen los sistemas y bajo la forma de huellas mnémicas, gracias a las cuales los actores sociales orientan sus conductas. En otras palabras, existen como potencialidades que se actualizan mediante las prácticas de los agentes, de manera reproductora o transformadora, según las potencialidades de los agentes. (Giddens, 1987 y 1990 y Cohen, 1990).

## 6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BOURDIEU, PIERRE

- (1976) : "Le champ scientifique", en: *Actes de la recherche en sciences sociales*, No. 2-3. [ "El campo científico" en: Bourdieu, P., *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires: EUDEBA, 1999, pp. 75-110].
- (1977): "Sur le pouvoir symbolique", en: *Annales*, 3, pp. 405-411 ["Sobre el poder simbólico", en: Bourdieu, Pierre, *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, EUDEBA: 1999, pp. 65-73].

- (1980): *Le sens pratique*, París, Ed. de Minuit [*El sentido práctico*, Madrid: Taurus, 1991].
- (1982) : "Dévoiler les ressorts du pouvoir" (Entretien avec Didier Eribon), *Libération*, p. 28.
- (1989) : *La noblesse d'État. Grandes écoles et esprit de corps*, París : Ed. de Minuit.
- (1990): "Algunas propiedades de los campos", en: Bourdieu, Pierre, *Sociología y cultura*, México: Grijalbo, pp. 135-141.
- (1994): *Raisons pratiques, sur la théorie de l'action*, París, Ed. du Seuil [*Razones prácticas, sobre la teoría de la acción*, Barcelona: Anagrama, 1997].
- (2000): *El sociólogo y las transformaciones recientes de la economía en la sociedad*, Buenos Aires: Libros del Rojas.
- (2001a): "La representación política", en: Bourdieu, Pierre, *El campo político*, La Paz: Plural Editores, pp. 63-104.
- (2001b): "El campo político", en: Bourdieu, Pierre, *El campo político*, La Paz: Plural Editores, pp. 9-31.
- (2001c), "Precisiones sobre el campo político", en: Bourdieu, Pierre, *El campo político*, La Paz, Plural Editores: pp. 32-42.
- (2001d): "Espacio social y campo político", en: Bourdieu, Pierre, *El campo político*, La Paz: Plural Editores, pp. 59-62.
- (2001d): "Por un saber comprometido", en: Bourdieu, Pierre, *El campo político*, La Paz: Plural Editores, pp. 105-110.
- BOURDIEU, PIERRE Y WACQUANT, LOÏC (1992) : *Réponses*, París, Ed. du Seuil. [*Respuestas, para una antropología reflexiva*, México: Grijalbo, 1995].
- COHEN, IRA (1990): "Teoría de la estructuración y Praxis social", en: Anthony Giddens et. al., *La teoría social hoy*, Madrid: Alianza.
- DURKHEIM, ÉMILE (1912/1982): *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid: Akal.
- DURKHEIM, ÉMILE Y MAUSS, MARCEL (1903/1963): *Primitive Classification*, Chicago: University of Chicago Press.
- GIDDENS, ANTHONY  
 (1987): *Las nuevas reglas del método sociológico*, Buenos Aires: Amorrortu.  
 (1995): *La constitución de la sociedad*, Buenos Aires: Amorrortu.
- GUTIÉRREZ, ALICIA (2002): *Las prácticas sociales: una introducción a Pierre Bourdieu*, Madrid: Tierradenadie ediciones.
- MARX, KARL Y ENGELS, FRIEDRICH (1845-46): *La ideología alemana*, Barcelona: Grijalbo, 1970.
- WEBER, MAX (1922): *Wirtschaft und Gesellschaft, Grundriss der Verstehenden Soziologie*, Tubinga, J. C. B. Mohr. [*Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México: FCE., 1944].